



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Latinoamérica por qué

Autor: Bosch García, Carlos

Forma sugerida de citar: Bosch, C. (1991).
Latinoamérica por qué. *Cuadernos Americanos*, 1(25), 22-40.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 25, (enero-febrero de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LATINOAMÉRICA POR QUÉ

Por *Carlos* BOSCH GARCÍA
UNAM, MÉXICO

LATINOAMÉRICA se busca a sí misma. Difícil resulta lograr ese encuentro por no haber aún una identidad definida y porque ésta se rebela contra lo que verdaderamente es, sin reconocer que, al negar lo suyo, se pierde y busca refugio en otras realidades que, esas sí, no le pertenecen, aunque llegue a tomarlas como suyas. Es, por desgracia, la experiencia habitual en el siglo en que vivimos.

Latinoamérica tiene que aprender esta experiencia para aceptar lo que es y quedarse con ello, pues, de otra forma, la identidad, esa identidad que busca, imaginativa y sofisticada en la acepción original del término, no puede encontrarse. La verdad es que Latinoamérica no acepta esa realidad porque se empeña en encontrar definiciones firmes detrás de las que pretende cubrirse, sin caer en la cuenta de que esas definiciones están fallas también. Se habla de la necesidad de establecer la conciencia de esa identidad, pero nos preguntamos: ¿de qué nos sirve ser conscientes de una identidad incierta? Por eso es que en Latinoamérica nada cambia y que la inercia nos continúa empujando hacia la deriva, a una deriva sin sentido.

Quizá sea de considerarse que con la Independencia hubo trastornos sociales, y que éstos no fueron "lo suficientemente profundos como para romper el tejido y la textura social de las colonias. No surgió casi ninguna discrepancia estructural para distinguir la era nueva de la época colonial recién pasada. Las actitudes básicas hacia la vida y la comunidad, la concepción tradicional del mundo, los sistemas de creencias y los modos de manejar la economía permanecieron casi inmutados... y los grupos dominantes de su propio seno no experimentaron sino un simple cambio de guardia".¹

¹ Orlando Fals Borda, *Las revoluciones inconclusas en América Latina*, México, Siglo XXI, 1970, pp. 17-20.

El hecho fue que el patrimonio cultural formado durante la colonia resultó resistente en extremo al cambio, por su propio sistema de valores señoriales. Por ello el concepto de la igualdad reclamado en Nueva Granada consistía en que pudieran alcanzar el poder político tanto los blancos aristócratas como los criollos locales, lo que equivalía a reclamar una igualdad entre iguales y poco más.²

¿Cómo es posible pensar que una colonia de trescientos años pueda ser arrinconada por los habitantes del Continente y negarse su herencia? y ¿cómo es posible que los doscientos años de independencia tampoco hayan servido para lograr gran cosa? Al considerarse esas dos preguntas resulta irónica la interpretación de la historia que se escribe y que trata de tomar periodos completos para convertirlos en foco de crítica, pero sin análisis ni comprensión. El hecho es que ni con doscientos años de independencia se ha logrado salir de muchas cosas, que no viene al caso mencionar.

Después de regir durante doscientos años los destinos de nuestras naciones, aún nos vemos sometidos a los colonialismos ahora sajones, lo que para el caso es igual o acaso peor, y contra ello se siguen levantando los mismos argumentos que se usaron al principio del siglo XIX para lograr la independencia: los monopolios, los mercados, las materias primas, los impuestos, las libertades económicas, los endeudamientos, la explotación. Cantos ya conocidos, y nadie cae en que esos argumentos ya no sirven porque las cosas han cambiado y tal parece que no se nota.

El hecho es que Latinoamérica vive en su pasado porque busca sus raíces profundas en él con objeto de partir de ellas para ir en pos de soluciones a sus problemas actuales. Mas para la vida actual resulta de importancia relativa el querer averiguar cuáles sean las raíces; de no entrar en el análisis de por qué no hay un presente sano, social, económico o cultural donde afincarse para ir de ahí en adelante apoyados con fuerza, proyectar, y digo proyectar el futuro en función del pasado y del presente. Esto significa hacerlo *con todo* lo que hay en Latinoamérica, sin desperdicio de hombres ni recursos. Hasta el momento no se ha sabido vivir ni el presente ni el futuro porque se desperdician *los pasados* y se buscan las raíces autóctonas precisas. Nadie nota que esa búsqueda se convierte en un impedimento para el desarrollo, porque distrae y confunde la verdadera preocupación según la cual Latinoamérica es y existe de otra forma

² *Ibid.*

que la concebida con anterioridad, y por ello hay que tomarla tal cual es, en conjunto, para partir de ahí en adelante.

El esfuerzo de los reformadores del siglo XIX para lograr la asimilación de nuestros pueblos a un mundo movido por otros resortes fue poco menos que vano. La situación benefició al mundo de los pensadores que, poco a poco, encontraron el camino aun cuando no lograron la divulgación de sus conocimientos y tampoco participaron como intelectuales en la actuación política o lograron ejercer la presión necesaria para que sus ideas alcanzaran a ponerse en práctica.

Así los pensadores del siglo XIX y también del XX tuvieron que convertirse en políticos, lo que ocurre hasta la fecha, y, al hacerlo propiamente dejaron de ser intelectuales.

Bolívar, por ejemplo, mezcló las personalidades del filósofo con la del político y la del militar, y tantos otros hicieron lo mismo hasta el punto de que muchos, como el Libertador, adoptaron la ideología soñadora de los reformadores iberos, y pretendieron reunir los esfuerzos de todos los pueblos y hombres de América para encauzarlos hacia la meta común. Así imaginaban ir en busca de una cultura en la que el humanismo de sus mejores creadores prevaleciera sobre el egoísmo individualista que todo invalidaba.³

Mas para establecer la cultura nacional de los latinoamericanos se necesitaba de una filosofía con características nacionales, pero también americanas, según esbozó Juan Bautista Alberdi. Sin embargo, el hiato evolutivo duraría tanto como la civilización lograra imponerse a la barbarie.⁴

La expresión de la modernidad preocupó a los pensadores que insistieron en la búsqueda de una identidad americana íntimamente relacionada con el concepto de solidaridad de los pueblos. Así lo hicieron Bolívar, Varela, Agustín Caballero, etcétera. Posturas que resultaron difíciles de mantener, aun para un personaje como Bolívar en el propio Congreso de Panamá.

Quiérase o no, al correr del siglo se tuvo que salir del aislamiento para incorporarse a las corrientes, a las modas y a las técnicas del mundo externo. No cabe detener la tentación de pensar que todavía estamos tratando de hacer lo mismo.

La tendencia e impulso hacia la modernidad se inició con la llegada del vapor a Colombia y fue el primer ejemplo de lo que po-

³ Leopoldo Zea, *América en la historia*, México, FCE, 1957, p. 275.

⁴ Leopoldo Zea, *La filosofía americana*, México, Siglo XXI, 1969, p. 234.

dría suceder a fines del siglo XIX. En 1823 el alemán Juan Bernardo Elbers atrajo la atención de la élite gobernante para resolver el problema del transporte en el río Magdalena tecnificándolo. Pero además de comprar el primer barco a vapor en 1824, construyó un aserradero en Barranquilla. Perfecto ejemplo éste de lo que apuntamos arriba: aquí se alió el capital extranjero con los políticos nacionales para hacer un cambio importante en el país, y no cabe pensar que el producto de la inversión y de la concesión quedara exclusivamente en Colombia.

A nadie se le ocurrió que el comienzo del uso del vapor y la apertura de las relaciones diplomáticas, acompañados de la firma de tratados con Estados Unidos y con Europa, iniciaban la nueva presión externa que, sin cesar, se ejercería sobre la confusa América Latina, enfrentada con graves problemas en su política y en su sociedad, además de que no lograba aclarar su personalidad.

Resulta imposible para los latinoamericanos pensantes participar de la cultura occidental sin perder su propia y supuesta originalidad y sin caer en una inadecuada subordinación cultural.

La ruptura de los lazos americanos con Europa se debió a una rebelión contra el tutelaje, no contra la cultura; por ello resultaba dudosa la capacidad latinoamericana para reincorporarse a la cultura occidental sin caer en la dependencia.

Esa búsqueda de originalidad en la participación del latinoamericano en la cultura occidental quería evitar que América Latina fuera la fuente proveedora de materias primas transformables por la mano de la ciencia europea en su propio bien, como sucedió con la ya citada concesión a Juan Elbers en Colombia.

Los grandes pensadores latinoamericanos quisieron establecer un fondo común de verdades para el Continente que, de alguna manera, se acercó a esa forma de ver. Plantearon el problema de la realidad americana, de la libertad democrática y de la necesidad de la educación relacionada con los conocimientos materiales y el análisis científico. Por eso el pensamiento positivista obtuvo el más claro sentido, pues a las nuevas realidades no podía responderse con argumentos de teología y de dogma. Si existía la aristocracia de que venimos hablando y era la que mandaba, a ella también entraron los militares nuevos, los nuevos hacendados, y también se enfrentaron o se unieron entre sí.

No hubo remedio; el positivismo tenía que llegar como la filosofía de la nueva economía y del nuevo orden universal establecido por Occidente. Así lo reconocieron Sarmiento, Alberdi, Lastarria,

Mora y otros al encontrarse con esa nueva filosofía. Ellos mismos sostuvieron los principios del positivismo. Sin embargo, las actividades filosóficas, al mezclarse con las políticas, se caracterizaron por ser peligrosas, de tal manera que, al tener lugar la "Guerra Grande" en Argentina, después de que fueron derrocados los unitarios, quienes formaron la *Asociación de Mayo*, Alberdi, Echeverría y Sarmiento, tuvieron que refugiarse en Montevideo, donde se pusieron a escribir y algunos de ellos conspiraron para derrocar al dictador Rosas en 1852 en la batalla de Caseros.

Los pensadores hicieron recorridos muy largos en su evolución y el deseo inicial de que América originara, como Europa, un conjunto de culturas nacionales resultó en el logro de una literatura afrancesada, sajonizada o germanizada y de una filosofía que hizo del positivismo francés o inglés o del pragmatismo norteamericano un instrumento del nuevo orden mental que suponían daría lugar al nuevo tipo de hombre latinoamericano.³ Sin embargo, cuántos elementos, diversos en apariencia y extraños a América Latina, tuvieron que intervenir para este logro tan discutible. Resulta que la realidad del mundo moderno en la que América tenía que participar, a gusto o a disgusto, representaba la nueva realidad latinoamericana a la que había que conformarse de todas maneras.

Quien conozca el Continente no podrá dudar de la necesidad de reformarlo en el sentido adecuado y de vigorizarlo revaluando todos sus recursos, tanto humanos como físicos, que son suficientes y hasta sobrantes para lograr el resurgimiento. Pero hay que formar el espíritu imprescindible y por tanto necesario de trabajo y de colaboración, que se ha perdido en el camino, y que es lo que podrá levantar a Nuestra América. Así se hizo en otros países y con ese esfuerzo surgieron las grandes potencias continentales mundiales, cuyo éxito se debió al trabajo asiduo y a haber aceptado una responsabilidad bien organizada dentro del conjunto. Pero esas cualidades son deslucidas para los latinoamericanos, quienes, además, las desprecian. Sólo el buen manejo de todos los habitantes garantizaría el logro de los niveles de perfección superior alcanzados en otros países.

Como bien expresa Leopoldo Zea en su *América en la Historia*, aunque los latinoamericanos "aman la comunidad, y al mismo tiempo son parte principal de ella, hasta el grado de sentir que pueden prescindir de todos los demás, este sentido es de arrogancia y ella

³ *Ibid.*, p. 23.

impide la solidaridad y el orden de esos pueblos. En una tierra donde todos son barones no es posible llegar a un acuerdo colectivo duradero de no ser que sea por medios de una fuerza exterior respetable y temida".⁶

Lo cual le recuerda la arrogancia del soldado de los viejos tercios que se consideraba igual al rey, salvo "dineros menos".

Y sigue Zea: "por ello iberos o latinoamericanos desprecian toda ocupación que no represente el engrandecimiento de su personalidad, independiente de su situación material. La materia, lo material, no podía ser sino el instrumento al servicio de fines más altos de servicio de las acciones que la trascienden... Apoyar la grandeza del individuo, pura y simplemente en la riqueza material implicaba rebasar esa grandeza".

Además Zea todavía puntualiza la idiosincrasia latinoamericana, al decir que nuestros pueblos consideran la obediencia como una virtud suprema entre todas, porque se convierte en "ciega" y se transforma en el único principio político verdaderamente fuerte. En igual forma es peculiar en nuestros pueblos la voluntad de mandar y la disposición de cumplir órdenes.⁷

Tremendas verdades éstas que, sin decirlo, nos explican el porqué de la democracia fracasada en nuestros pueblos, donde se mantiene el refrán de "eres mi amigo o de lo contrario mi enemigo", sin dar lugar a matices ni a medias tintas de clase alguna.

La falla de la democracia latinoamericana está implícita en los dos párrafos de Zea que acabamos de citar, pues lo que falta en Iberoamérica es precisamente el respeto al individuo y a sus opiniones, como parte de los principios inherentes a los derechos del hombre, y por esa misma razón surgen los abusos contra el individuo practicados por la justicia, o por la policía, o por las fuerzas de choque políticas, pues todos se consideran barones y mandones. Al no existir esos respetos se convierten quienes no piensan como uno en enemigos. Si se suma a esa situación la existencia del poder en uno de los dos extremos, nos vemos precipitados o impedidos fatalmente hacia las dictaduras, los presidencialismos, los caudillismos o los señoríos, según el momento histórico y las coyunturas existentes. Y esto sucede a pesar de que en Latinoamérica no se habla más que en contra de las dictaduras, que nunca logran desaparecer más que temporal y ficticiamente.

Pero la fuerza del poder en América Latina es decisiva y por

⁶ *Ibid.*, p. 277.

⁷ *Ibid.*, p. 231.

demás complicada, porque se da una mezcla del señorío tradicional junto con nuevos elementos que se fueron formando durante el siglo *xx*, provocados por ocurrencias de la evolución general de la Historia Mundial. Y también por la entrada de los intereses externos que al principio se apoyan en inversiones económicas y luego forman una retícula de influencias cada vez más complicada. Con ella se protegen los beneficios hasta el punto de llegar, en caso necesario, a la intervención interna y directa en las naciones. En ella se alían los pseudocapitalistas nacionales y los señores con los verdaderos capitalistas, éstos extranjeros, que los convierten en accionistas unas veces y otras en funcionarios de sus propias compañías internacionales y a sus naciones en colonias de sí mismas. Planteado así el problema, no escapa a la vista ni a la imaginación las redes de intereses y presiones que se entrecruzan en cada una de nuestras naciones. Esas redes han venido a sustituir los burdos esfuerzos que antaño se hicieron por parte de los Estados Unidos, Francia, Austria, Inglaterra y España para sojuzgar a los países latinoamericanos de una u otra manera. Al avanzar el siglo pasado, y sobre todo el presente, cada vez son más raras las invasiones y el amago de los ejércitos. De hecho ya no tienen sentido ni propósito. Pero en su lugar contemplamos el movimiento de los capitales de inversión o de préstamo, que penetran con facilidad en la economía, en la sociedad y en la cultura de nuestros países. Esas fuerzas de poder, ya irremediables, condicionan la política nacional y la subordinan hasta donde les es posible. Por ello detienen y paralizan el mundo latinoamericano para convertirlo cada vez en más dependiente, pues se trata de asimilar esas economías o de regirlas y dirigir las en todo lo posible.

Nadie se opone a que se piense en las raíces para entender nuestros mestizajes y la realidad afortunada de su existencia. Pero no se puede prescindir de reconocer el valor y el peso de cada uno de los ingredientes primarios que intervinieron en nuestra formación inicial, y debe recordarse la existencia de mezclas múltiples con inmigrantes posteriores que forman parte, al igual que los primeros, y a pesar de las leyes, de la humanidad que se encuentra en nuestras naciones porque, quiérase o no, esa realidad resulta imposible de cambiar y, de acuerdo con ella, hay que alzar la vista y mirar hacia adelante para señalar el camino a seguirse en la dirección debida.

El mestizaje o el criollismo no son problema, y menos la razón para las dificultades latinoamericanas enfrentadas. Éstas se deben

a la existencia de una economía mal repartida y en manos de los grupos prepotentes que producen resentimientos nacionales en todas las naciones de Latinoamérica. A la vez que se produjeron esos resentimientos, los latinoamericanos no aceptaron con humildad la postura de cada uno de ellos en la sociedad, pues la de cada uno, por humilde que sea, tiene y ha tenido un valor de contribución al conjunto de la sociedad formada por todos ellos. Con sólo aceptar la importancia que cada uno tiene como individuo y su aportación en la sociedad quedarían a salvo las discriminaciones contra ciertos individuos o grupos de ellos, y los oficios manuales o intelectuales se regenerarían como actividades importantes del trabajo a desarrollarse por la nación.

Los autores siguen dando vueltas al asunto y no logran romper el círculo, porque no dejan de mirar hacia atrás para atribuir a los demás los males que analizan en vez de culpar a su propia época o a ellos mismos. Así resulta que unos culpan a la colonia, otros al periodo indígena y otros al nacional, tomando los periodos enteros, para evitar poner su propia época en tela de juicio y hacerse los responsables de lo que viven. Esa falta de sinceridad consigo mismos, como punto de partida, imposibilita sin duda entrever el quehacer y la dirección en que se debe partir para actuar.

Mucho se ha luchado en los países latinoamericanos para lograr establecer esa dirección axial, y en sus inicios los propios libertadores actuaron de acuerdo con el espíritu que España les había impuesto.⁸

De hecho la sociedad señorial y su propia organización social y económica sobrevivieron sobrepasando al periodo de la guerrilla y a la guerra misma. Pero a la vez se trató de declarar a Bolívar regente de por vida, en Bogotá, mientras llegaba un rey. Su autoritarismo fue evidente hasta el punto que tuvo que desconfiar de grupos como el de los estudiantes que lo rechazaron en las jornadas de 25 de septiembre de 1828 y, además, se esforzó en mantener conceptos de obediencia y de disciplina colonial, al notar que se había enseñado ciencias políticas, provocadoras de máximas opuestas a la tranquilidad de los pueblos. Unos y otros contribuyeron a mantener la tendencia aristocrática, como sostuvo el partidario de las repúblicas, mariscal Sucre, al declarar al general Juan José Flores "Príncipe Tarquí" por su conducta heroica en la batalla de Ayacucho.

⁸ Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, México, Ariel, 1976, p. 57.

Estos hombres actuaron así porque su herencia cultural y social se lo imponía. Tenían un sistema de valores señoriales y una noción colonial de la autoridad.⁹

Ese señorío envolvió el proceso de la independencia y también permeó el siglo XIX para prolongarse en el siglo XX, caracterizándose por la conciencia del señorío y de la aristocracia conservadora, dado que todavía no habían penetrado esos grupos en las esferas ejecutivas de la política. En ello coincide José Luis Romero, que resume el periodo de 1820 a 1850 como el de los prolongados conflictos que provocaron las cruentas guerras civiles en que los señores aristócratas y los militares llevaron la batuta tratando de imponer su principio de obediencia. Pero a la vez se vislumbra la fuerza de la sociedad criolla y la aparición de nuevos grupos que provocaron un desborde de los marcos que "hasta entonces ordenaba[n] la sociedad".

La necesidad de ir en busca de otras opciones más adecuadas a la nueva situación es la que obligó a los pensadores a su revisión y a salir en busca de la realidad del americano para inyectarla en las esferas políticas.

El proyecto vital de los pueblos americanos pareció haberse perdido junto con su misión política y así Buenos Aires, junto con su carácter de ciudad, representó el espíritu de la modernidad cuya lucha encarnó en contra del campo que representaba el mundo colonial-medieval, que lo hacía sentirse cercano a Europa. Sarmiento afirmó sin rubor que Buenos Aires creyó ser la continuación de Europa y que, aunque no llegó a confesarse francesa y norteamericana de espíritu y tendencia, negó su origen y tradición españoles. Al otro extremo del Continente, en México, Mora sostuvo que en nada mostraban más empeño los mexicanos que en renunciar a lo español, porque la independencia era imposible de no sacudirse el yugo político y destruir los usos y las costumbres de una antigua metrópoli.¹⁰

Ahí es donde se siente el problema: sacudirse lo español resultó al parecer muy fácil: sólo había que decidirse y dar el paso, pero había que llenar el hueco. Pues bien, o no hubo tiempo o faltó capacidad pensante para poder moldear ese relleno. El caso de Bolívar fue extremo y el resultado aterrador: desde que Bolívar dejó el poder en 1820 y hasta 1898, sesenta levantamientos militares,

⁹ Orlando Fals Borda, *op. cit.*, pp. 286-7.

¹⁰ Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, p. 277.

diez constituciones, seis presidentes asesinados. Conservadores o liberales, como términos, no representaban una realidad política y social, sino que sólo indicaban la existencia de facciones aspirantes al poder. En muchos aspectos la historia del Perú fue parecida y, por cincuenta años, después de 1821 se sucedieron las revoluciones a la par que los caudillos: cuarenta revoluciones, quince constituciones.¹¹ Tampoco quedó corta la historia mexicana del siglo XIX. Pero la obtención del poder político llevó también a la movilidad social y hacia el señorío por parte del nuevo patriciado de la época, que fue provocador de la anarquía a pesar de que algunos grupos lograron lucidez intelectual.¹²

La realidad era que el mundo señorial se enfrentaba con aquella parte del mundo criollo que pugnaba por asimilarse en alguna forma mediante una disputa constante en las ciudades, mientras el criollismo campestre se mostró contrario a todas las ideologías, aunque se inclinó por formas tradicionales de vivir y pensar y era antiurbano pero tuvo que amoldarse a la nueva economía del mundo mercantilista al que se lanzó, primero con violencia y luego con el propósito de adueñarse de las ciudades. Aun cuando se defendieron, los hábitos vernáculos se volvieron ciudadanos no importa quién mandara, así fuera Páez o Rosas. Pero detrás de todo, continuaron y perduraron los criollos en el tiempo y lo hicieron con los debidos ajustes hasta la época presente, como señores patriarcas de vidas y haciendas que desde los palacios construidos en el siglo pasado, enclavados en las ciudades, manejaron las tierras y la gente al igual, *mutatis mutandis*, que hacen hoy en día los "señores" de industria o los "señores" políticos. Apoyados en esa masa ingente se enfrentaron a quienes manejaban la política y les permitieron su acceso al mundo económico por medio de la legislación. Por eso se lanzaron contra el poder político moviendo peonadas que adquirieron personalidad y se adiestraron para constituir el mundo de la plebe armada, dirigido por señores, que a veces se despegaba y producía el bandidaje para representar a la sociedad establecida y a la sociedad rebelde en sus enfrentamientos, sin ideología ni principios fuera del imperativo de salirse de la hacienda para ir en bus-

¹¹ Pierre Chaunu, *Historia de América Latina*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964, p. 102.

¹² José Luis Romero, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, p. 174. Carlos Bosch García, *Latinoamérica*, México, UNAM-IIH, 1978, pp. 288-9.

ca de una libertad salvaje, para alcanzar una riqueza fácil con la que remedar a sus propios señores.

Ése fue el resultado del enfrentamiento de los señores del poder económico con los del poder político que auspiciaron la guerra civil, la anarquía y la explosión social de la plebe rural, de la que salió el hombre de a caballo argentino, peruano, venezolano, chileno o mexicano de Veracruz, Morelos o Guerrero, mientras que otra parte de esos mismos hombres siguió trabajando en los centros rurales sometida a los mismos señores hacendados o mineros.¹³

Estos enfrentamientos caracterizaron el periodo que va de 1820 a 1850, en fechas absolutas, y las tropas rurales que entraban en las ciudades produjeron el temor y se enfrentaron contra cualquier acomodado o contra cualquier centro económico susceptible de rapiña.

No se escapa a nadie que de todos los tonos, en todo el Continente, entraron los pensadores para condicionar ideológicamente con sus ideas las políticas nacionales. A pesar de que sus tendencias variaron, todos coincidieron en que para que las ideas pesaran tenían que participar en la esfera ejecutiva de la política del país. Así los unos llegaron a ser dictadores, otros sólo a generales que tomaron parte en campañas, otros entraron en discusiones parlamentarias o en los gabinetes. Pero todos llegaron a influir en la historia de sus países y deben ser clasificados entre los políticos más que entre los intelectuales, pues como tales se desnaturalizaron para lograr su propósito, al igual que hacen inclusive hoy en día.

A medida que avanzó el siglo, si bien se robusteció el papel de los pensadores en la política nacional y algunos condicionaron el pensamiento, otros pagaron con la cárcel, el exilio e incluso con la vida.

Las situaciones que se plantearon abrieron opciones y surgieron intereses y ambiciones personales con opiniones radicales sobre cuestiones básicas. Las líneas políticas elaboradas correspondieron de alguna manera a ideologías, y terminaron siendo tendencias que en su contexto forzaron la adhesión o el rechazo.¹⁴

Por eso mismo, América Latina vivió y vive en sus doscientos años de independencia con la mano tendida para recibir *ayuda* del extranjero, al que a la misma vez detesta y no deja de vituperar, porque está convencida de que al dar ayuda se ofende la soberanía

¹³ José Luis Romero, *op. cit.*, pp. 86, 177, 181, 183-4. Carlos Bosch, *op. cit.*, pp. 191-3.

¹⁴ Carlos Bosch, *op. cit.*, pp. 294-5.

nacional. En consecuencia, se alude sin recato a la bota del capital que la patea y oprime, porque viene de afuera, sin darse cuenta de que la bota interna hace lo mismo. Ciertamente es, sin embargo, que nunca se supo formar ese capital que la hubiera salvado, y cuando alguna vez pudo formarlo, sus dueños lo sacaron del país en medio de discursos e invocaciones patrióticas falaces. En esa forma esos dueños prepotentes exteriorizaron la desconfianza hacia los detentores del poder político que representaban los gobiernos de sus propias naciones. En el siglo XIX las naciones tuvieron que contemplar cómo llegaban y se invertían los capitales extranjeros, en sus suelos, sin poder oponer el parangón de los capitales propios y permitiendo que sus naciones recibieran sólo los latigazos de un capitalismo externo convertidos en la fuerza motora de nuestras propias naciones; ferrocarriles, minas, electricidad, comunicaciones, empresas, exportaciones, comercios, materias primas agrícolas y también mineras: hay tela donde cortar y con la cual exhibir los argumentos suficientes.

Asalta la duda respecto de cuál es el significado del tan defendido nacionalismo y habría que poner en duda asimismo si estos prepotentes sienten verdaderamente ese nacionalismo que exigen a los demás, o si se consideran muy por encima de él, por encontrarse fuera de los problemas nacionales o calibrarlos según la relación que ellos tienen con sus dividendos.

El problema viene de muy atrás, pues cuando se luchó contra la ortodoxia hispana se trató de romper con los hábitos y las costumbres establecidas que se consideraban hostiles y limitativas de cualquier reforma y los latinoamericanos se enfrentaron con los hábitos y las costumbres; mas lucharon también contra el espíritu de cuerpo, difundido en la sociedad a la que debilitaban de manera notable, si no es que llegaron a destruir el espíritu nacional. Incluso se llegó a la incapacidad para entender en el sentido moderno lo nacional. A los mexicanos les fue imposible sobreponer a sus intereses particulares los nacionales, y por ello se destruyó el espíritu público. Con esa actitud se pervirtieron los principios de moral pública, porque crearon obligaciones que no debían existir, desconociendo en muchos casos a toda la sociedad humana. Con todo esto ya tuvo que enfrentarse la generación de la independencia.¹⁵ ¿Vendría al caso pensar con Ortega que cuando los pueblos pierden el proyecto vital de la misión política entran en apatía?

¹⁵ Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, p. 10.

Al igual que la juventud culpa a sus progenitores de sus fallas, que les son propias, nuestro siglo, el xx, culpa a sus antecesores de los propios errores y de su falta de conocimiento. Cuántos se preguntan hoy cuál será el futuro de nuestras naciones, y se consuelan respondiendo que se trata de una crisis mundial y general de la que no se puede escapar y por ello no se hacen responsables. ¡Puede escaparse!, pero con otras premisas y sobre todo acudiendo a la necesidad de llenar funciones y aceptar la responsabilidad de las mismas, sin excusas ni subterfugios. Pero ¿se acepta esta verdad? Resulta más fácil enajenarse y atribuir el problema a otras cosas y hacerse a un lado para dejar pasar... a ver qué pasa, o para situar el dinero en el extranjero y esperar a ver qué dan, pues al fin allá está seguro. Todos, todos hemos escuchado estos razonamientos, pero por lo general no nos atrevemos a contestarlos.

¿Dónde quedan la historia y la filosofía y las ideas, ante semejantes realidades...? Temática y pensamiento de intelectuales en el fondo sin o con poca consecuencia, pues, al no aplicarse sus verdades en ninguna forma se convierten en frases huecas, en estricta razón de lucimiento y oropel de engolados, lo que tiene poca utilidad. Ahí quedan sin considerarse, y sobre la mesa, realidades apremiantes y sin respuesta o que deben responderse de otra manera, como nos enseña la historia verdadera, la que da pie a pasados y a presentes y a futuros por apoyarse en el pasado para entender la razón existente que permita enmendar un acacer que se pueda razonar. El mundo anterior nos sirve en estos casos para eso, para dar pie a que razonemos y a que analicemos lo que estamos viviendo, y para que podamos cambiar situaciones porque la historia así, bien entendida, nos ayudará a mostrar los puntos de error a discutirse. Y nos formarán versiones oficiales con fines políticos impuestos por los gobiernos, que han torcido la historia continental para llevarla a la ficción, y cuyo objeto se limitó a mantener en pie constante una mínima *élite política* en cada uno de nuestros países. Las *élites políticas*, por ir en busca de los mismos fines, se identificaron entre ellas. Éstos son en el fondo los supervivientes del señorío que, siguiendo los personajes en el cuadro del gobelino que Germán Arciniegas pinta en su magnífico estudio *Este pueblo de América*, son distintos y perfilados pero van secundados por la gran polvareda que levantan sus seguidores sin faz, que forman el pueblo, los otros... por decirlo así, sus hombres, de los cuales se usa y se abusa. Terminamos ya con la versión caballeresca y caudillesca de nuestras historias, las que discurren a lo largo del siglo pasado; pero

todavía está en pie la del señorío enmascarado de nacionalismo, que no representa otra cosa que una formalidad externa, vacía y sin contenido, que se levanta como escudo impotente en contra de los lanzazos económicos mundiales y que exacerba el espíritu y tuerce la visión de las clases medias y bajas de la sociedad.

Ése ha sido el resultado de lo sucedido durante el pasado siglo y el actual. En muchos casos se encuentra que el nacionalismo rebasa el contenido de las definiciones rutinarias y en otros se queda corto, pero además no se ha tenido en cuenta la variedad de naciones existentes con su propio nacionalismo, que están contenidas en cada una de las naciones latinoamericanas modernas, y resultan muy difíciles de unificar.

Aunque filosóficamente parezca imposible sostener que una nación contiene naciones, hay que considerar que las naciones indígenas, presentes en todas las naciones latinoamericanas constituidas, son auténticamente naciones; pero también son unidades nacionales cada uno de los diferentes tipos étnicos que se les superpusieron para formar las dichas nacionalidades modernas latinoamericanas. Así pues, además de considerar las naciones indígenas autóctonas, hay que fijarse en los grupos de inmigrantes, desde los conquistadores hispanos en adelante y los formados por africanos, orientales, europeos diversos y además en todas las mezclas resultantes, que se asentaron en nuestros países con diferente densidad según las zonas geográficas que se analicen. Todos juntos, en cada una de las naciones modernas latinoamericanas, tienen un común denominador que distingue a los unos de los otros como pertenecientes a las diferentes unidades políticas.

En esas poblaciones, tan diversas, consiste la riqueza de nuestro Continente que, bien manejada y, sobre todo sin enfrentar solapadamente a unos grupos con los otros, puede ser capaz de producir resultados satisfactorios. Por desgracia, las políticas nacionales, con sus intereses específicos, no han sabido hacer uso de esas diversidades. También se inclinaron a no reconocer la existencia de sus nacionalidades dentro de los territorios de cada una de ellas. La finalidad fue producir una unidad centralizada que, al serlo, caía en manos de los políticos en turno y de esa manera se tendía hacia un poder absoluto. Por eso resulta falso concebir apelativos como los "Estados Unidos" de lo que sea, pues no responden a una realidad dado que sus componentes no reciben la representación y el respeto que corresponden a cada uno de ellos. ¡Y menos aún están representados en los mecanismos de gobierno! ¿Dónde

están los ministros representantes de los intereses de los indígenas como constituyentes de sus propias naciones? ¿Y de los mestizos? ¿Y de los criollos? Cada una de estas poblaciones tiene idiosincrasia particular y no es posible amalgamarlas, como se hace habitualmente, dentro de un partido mayoritario común donde todas las personalidades y todos los matices se diluyen para formar un nuevo instrumento de presión gubernamental. Y cuando así resulta, entonces, los gobiernos no pueden ser *realmente representativos* y, si no lo son, porque todos los ministros pertenecen a la misma tendencia política que el propio presidente, entonces entramos forzosamente en los gobiernos personalistas. Tampoco es de ignorarse por qué nuestros pueblos se sustraen de la política y no participan de los problemas o de los intereses nacionales. Su idiosincrasia nacional llega a contar con los ingredientes del nacionalismo tal como lo describimos arriba, y tiene lenguas diferentes de la lengua común oficial, y aun cultura distinta, atrasada, o no, como sucede en los casos de las naciones indígenas, pero cultura. Les atañen los mismos problemas de un gobierno central al que no conocen, y que no respeta su personalidad como lo merecen para relacionarlos con los problemas nacionales generales; en cambio provocan así el desdén absoluto hacia esos problemas que no son de su interés directo. No les importan, porque una es la situación que tienen sobre su tierra y otra la relación que pueden tener con un gobierno central, contrario por lo general a los principios de la política que los ha regido desde tiempo inmemorial. Ser más maya, o más otomí, o más europeo significa pertenecer más a las naciones étnicas y por tanto más a las naciones americanas y al Continente. En cambio, la tendencia general de diluir esas personalidades para hacer una masa homogénea de ciudadanos resulta imposible y la experiencia lo ha demostrado ya a estas alturas. O damos la representación y con ella la responsabilidad de la vida propia o seguiremos todos perdiendo la batalla en el sentido de que nunca lograremos una identificación, una identidad como reclaman los pensadores, y esa identidad será otra de la que significa la nación puramente, porque esos términos son vacíos y dudamos que pertenezcan a las nacionalidades componentes de la nación. Sólo con esos respetos estrictos se logrará la integridad nacional, que es el problema fundamental de nuestras naciones modernas, porque no pueden aglutinar a toda la población en defensa de un interés común. "Y es que por debajo de cualquier tendencia se escondía [y se esconde] el afán del do-

minio personal, el caudillaje, el manejo de quienes trabajan, los fanatismos y los absolutismos. Porque el dominio político era [y es] el camino de los *no señores* para convertirse en *señores*".¹⁶

Los enfrentamientos que venimos describiendo, situados entre 1820 y 1850, caracterizaron ese periodo; pero además, en épocas recientes han surgido cuando menos se ha esperado en todo el Continente. Se repitieron las entradas de las tropas rurales a las ciudades, que así fueron amenazadas de ser convertidas en botín por las hordas de gente de campo enfrentadas a cualquier hombre acomodado o a cualquier centro económico que constituyera buena rapiña. En ese contexto la política se apoyó en la fuerza y muchos civiles entraron en la vida militar pensando encontrar el peldaño que les impulsaría hacia el poder político. Están los ejemplos de Manuel Belgrano, típico intelectual; Mariano Moreno, que gobernaba en nombre de Fernando VII en el Río de la Plata; José Gaspar Rodríguez de Francia, destinado a la carrera eclesiástica, que fue dictador de Paraguay durante 29 años; Miguel Ramos Arizpe, nuestro liberal federal, que peleó con Iturbide por su republicanismo federal; Fray Servando Teresa de Mier, conservador y centralista que terminó en San Juan de Ulúa y que en el congreso de octubre de 1824 expresó: "mi país murió el día que se aceptó el acta constitutiva. Hoy contemplamos su funeral".¹⁷ Pero además están Lucas Alamán, el ingeniero de minas que participó en el gobierno de Guadalupe Victoria, Gómez Farías y otros.

Los intelectuales, en todos los confines del Continente y de diferentes tendencias, participaron para dirigir la política nacional. Pero todos coincidieron en que para imponer sus ideas tenían que entrar en la esfera ejecutiva del país. Así llegaron, según el caso, a ser dictadores, generales, presidentes, y entraron en campañas parlamentarias o militares e influyeron en las historias nacionales; pero, llegados a esas situaciones, hay que calificarlos de políticos y no de intelectuales, pues como tales se desnaturalizaron para convertirse en responsables de promover ideologías justificantes de las formas de gobierno impuestas. Con ellas las dictaduras se sintieron tranquilas y apoyadas.

También surgieron opciones en las luchas facciosas, e intereses y ambiciones personales con opiniones radicales sobre cuestiones

¹⁶ Carlos Bosch, *Latinoamérica*, p. 285.

¹⁷ Hubert Herring, *Evolución histórica de América Latina*, vol. I, Buenos Aires, EUDEBA, 1972, pp. 337-8.

básicas. Se elaboraron ciertas líneas políticas que, si a la larga fijaron política, de momento dejaron adivinar un complejo y multiforme contexto, a veces casi inexplicable, que forzaba a la adhesión o al rechazo.

En cambio, desde el punto de vista social, más parece que se retrocedió en el camino avanzado con anterioridad. Las generaciones sucesivas constituyeron verdaderas aristocracias, que cuidaban de sus orígenes idealizados con celo, y lo hicieron a fuerza de poder y fortuna heredada, además de que establecieron alianzas de todo tipo entre ellas. Así se formaron verdaderos linajes coloniales. Este nuevo grupo de señores disminuyó seriamente el rechazo del pasado colonial y se opuso con fuerza a los sentimientos igualitarios de *los de abajo*, que intentaban reivindicar los privilegios de sus antepasados. De las filas aristocráticas surgieron muchos de los políticos conservadores y de las autoridades eclesiásticas y militares.¹⁸

A la par, quienes enfrentaron los problemas de la producción buscaron las nuevas técnicas y los instrumentos necesarios para satisfacer las demandas del comercio en auge. Comenzó así el nuevo lenguaje económico y técnico que permeó nuestros países y que alteró el ritmo de la evolución de nuestras naciones al rebasar la primera mitad del siglo XIX.

Debajo estaban los que pudieron construir las clases medias, que, al no poder entrar en contacto con los señores, lograron aprovechar las transformaciones del positivismo y se mantuvieron con influencia económica efectiva desde los puestos administrativos, y también políticos, donde concentraban la economía que, con mayor exigencia, excitaba al comercio extranjero.

En este punto fue donde los capitalistas extranjeros se sintieron atraídos y crearon abundantes núcleos importantes de población y además se unieron al sector criollo por coincidir en intereses. Fueron grupos medios, instalados en la administración y capaces de negociar en la política y en la economía, los que instrumentaron el poder necesario para favorecer sus planes y proyectos. Los banqueros y comerciantes poderosos inspiraron, y también subvencionaron, movimientos revolucionarios para imponer sus puntos de vista o modificar situaciones. Hicieron coincidir con ellos a quienes se acercaban al poder, y esa pugna burguesa se acabó. A pesar de ser republicanos, por su fuerza económica y política se presentaron con

¹⁸ José Luis Romero, *op. cit.*, p. 204.

el boato y el lujo de la mejor y más poderosa aristocracia. De ellos surgieron juristas y poetas, asesores de gobierno y gestores de extranjeros que fueron los intermediarios de los empréstitos y de las concesiones. Cultos y educados, vieron nacer en sus filas pintores, escritores y gente de cultura. Estos linajes fueron los que, empujados por el mercantilismo, brillaron en la sociedad que conservó las tradiciones criollas hasta casi el final del siglo; pero también lo siguieron haciendo hasta la fecha y hoy los encontramos en sociedades para la protección de los patrimonios artísticos y ecológicos de las naciones.

Resulta bien claro, a nuestro parecer, cómo la temática latinoamericana, que formó la complicada maraña histórica y social del siglo XIX, llegó hasta nuestros días sin cambios verdaderamente perceptibles. En todo caso, el mayor cambio puede consistir en el engrandecimiento y el crecimiento de los problemas, pero éstos son los mismos. Contestaciones absolutas para provocar los cambios no han surgido. Siempre hubo una imposibilidad, representada por el lastre de las tradiciones sociales y políticas propias, que no consintió replantear esas situaciones claramente equivocadas, como las nacionalidades no reconocidas dentro del federalismo, o la de los capitalistas que gritan en favor del nacionalismo y están aliados al capitalismo externo, o las de no asimilarse a la cultura occidental cuando ya lo están, o la de la igualdad cuando consta que reina la prepotencia, aun frente a la ley.

Y es que se ha partido de grandes fantasías o ilusiones quiméricas, cuya irrealdad no se ha querido aceptar ni reconocer. Por ello hemos caminado en planos completamente distintos a la realidad que vivimos. Esos planos románticos, hasta cierto punto, para ciertas cosas: las leyes perfectas, que no se respetan, a veces se practican y siempre se invocan. Las constituciones proyectadas hacia la idealización, que muy poco han respondido a las necesidades reales de la vida misma de nuestras naciones. La de pueblos que se mencionan pero que no se respetan. Las culturas existentes, existentes pero no reconocidas. Y la de las reconocidas, enraizadas más allá de los mares, que de hecho no aceptamos. Las identidades ficticias y sectarias.

En fin... no es de historiadores trazar proyecciones de la política hacia el futuro; pero les corresponde, en cambio, analizar y profundizar en las ocurrencias históricas, para facilitar a los políticos hacer esa proyección, apoyados en un análisis de la historia que no es quehacer de aficionados, como generalmente se piensa, sino de

profesionales. Porque sólo de esa manera se puede evitar la improvisación que ha sido otro de los problemas latinoamericanos.

Para salir de la quimera, la imperturbable frialdad de la historia ante los sucesos y el rigor del análisis, son el primer paso que nos facilitará recoger lo que nos queda, *todo lo que nos queda*, que es mucho, para poder reconstruir, sin reservas ni suspicacias y asentar nuevas premisas que encarrilen los esfuerzos para salir de los callejones sin salida en los que hemos vivido sin remisión.

¿POR QUÉ LATINOAMÉRICA?, seguiremos preguntándonos en el futuro.